

## MUCHO MORRO, FLANAGAN

Para morro, la Bea Tutusaus. Y, quien dice morro, dice cara dura, rostro, tupé, jeta, patilla, jero y desvergüenza. Un morro que se lo pisa. Primero, ves llegar el morro de Bea Tutusaus y después, mucho después, cuando ya te has cansado de ver morro, llega ella.

Bea Tutusaus va a tomar algo con la basca y, después de haber consumido dos refrescos y un bocata de jamón serrano, descubre que se ha dejado la pasta en casa. Bea Tutusaus te pega un sablazo y después sufre terribles amnesias. Bea Tutusaus, con su sonrisa radiante y sus grandes ojos de mirada desamparada, se cuele en fiestas a las que no ha sido invitada. Bea Tutusaus gorrea los apuntes que otros tomaban laboriosamente mientras ella resolvía un crucigrama en la última fila de clase.

Con semejantes antecedentes, se comprende que Bea Tutusaus no saliera con nadie. Que yo supiera, solo había un proyecto de novio en su horizonte, y ese era el Plasta, pobre Plasta, bebiendo los vientos por aquella vampiresa hermosa y engreída.

—Pero Plasta, si no te hace caso... —traté de convencerle cuando vino a comprarme los versos que habían de arrojar a Beatriz Tutusaus a sus brazos para siempre—. Pero, Plasta, si no hace caso a nadie más que a sí misma...

Él insistió, obcecado como un Romeo Montesco en su momento más suicida. Después de buscar infructuosamente en *La Divina Comedia* algunos versos inspirados que Dante dedicara a su Beatriz, opté por escribir yo mismo las rimas que el Plasta me pedía y se las cobré a precio de Camilo José Cela. Fue inútil, claro.

—Ya te lo dije yo —machaqué, llegado el día—. Bea Tutusaus no tendrá novio hasta que deje de mirarse al espejo. Y, cuando lo tenga, volverá a mirarse al espejo para ponerse guapa para él. Tanto espejo, parece la madrastra de Blancanieves.

Un día, a principio de curso, Bea Tutusaus vino a encargarme lo que ella denominó un trabajo sin importancia.

—La importancia de mis trabajos la decido yo —puntalicé, para ponerla un poco en su sitio.

—Este es una tontería —insistió ella—. Solo se trata de que le quites a Susana García una foto que siempre lleva encima.

—¡Casi nada! —protesté—. ¡Sin importancia, dice! —Me estaba pidiendo que robara para ella—. ¡Una tontería, dice!

Bea Tutusaus y Susana García habían sido muy amigas hasta hacía poco. Incluso veraneaban en el mismo pueblo de la costa. Siempre andaban con secretitos, cuchicheos y risitas odiosas. Hasta que las dos coincidieron en la fiesta de inauguración de curso con un vestido idéntico. Aquel día rompieron sus relaciones diplomáticas, y Bea Tutusaus se refería a Susana García llamándole la Payasa, y Susana García rebautizó a su ex amiga con el apodo de la Granito (alusión a su cara dura y a su acné). Ahora, por lo visto, Bea Tutusaus quería recuperar una foto con la que podía ser objeto de chantaje o algo parecido.

Además, se atrevió a regatear. Tuve que pararle los pies.

—Oye, Bea, el precio lo pongo yo. Cincuenta euros o nada.

—¡De acuerdo, trato hecho! —se apuntó ella—. Cincuenta si consigues la foto, y nada si no la consigues.

Transigí. ¿Qué tiene Bea Tutusaus para que uno termine siempre transigiendo con ella? Es guapa, no se puede negar. Ojos negros, piel canela, labios gruesos (o sea: morro), etc. Pero, aparte de eso, ¿qué más? Qué sé yo, el caso es que transigí. No me preocupaba con respecto a su solvencia: sus padres estaban divorciados, ella vivía con su madre, y el padre, tal vez porque se sentía un poco culpable, solía mostrarse espléndido con ella.

—Bueeeeno, vamos a ver la foto esa.

Otro día lo contaré con más calma, pero digamos que no resultó nada difícil conseguir la maldita foto. Tuve que invitar a Susana García al cine (es de esas chicas que ríen estrepitosamente y a destiempo), y creyó que me había enamorado de ella, y estuvo parpadeando a toda velocidad hasta que le sobrevino un mareo y casi vomita y todo. Al día siguiente, me sorprendieron colándome a gatas en el vestuario del gimnasio a la hora de las chicas. Finalmente, tuve que sobornar a cuatro compañeros para tener acceso al pupitre de Susana (y ella me sorprendió y terminó de convencerse de mi amor desenfrenado). Pero vaya, para abreviar, conseguí hacerme con la foto. Flanagan nunca falla; otro éxito en mi espectacular carrera.

Estaba deseando ver aquella instantánea. Me imaginaba a Bea Tutusaus desnuda, o cometiendo actos impuros que deseara ocultar a su madre. Por eso, me resultó decepcionante. Era una foto sacada aquel verano pasado en el pueblo de la costa. Bea Tutusaus y Susana García, sonriendo como bobas, encandiladas por la cámara, junto a dos muchachos evidentemente mayores que ellas. El que estaba junto a Bea Tutusaus era un pelirrojo pecoso, de sonrisa fácil y piel muy blanca, de esos que se convierten en

gambas al menor contacto con el sol. El que estaba junto a Susana García era tan mayor que usaba bigote, ¡bigote!

Bueno, pues eso, nada: una foto como otra cualquiera, ningún motivo para el chantaje o la vergüenza. Ni siquiera se podía justificar la sustracción de la foto por motivos de estética, porque la verdad es que las dos chicas estaban muy guapas en ella.

Iba yo al encuentro de Bea Tutusaus para entregarle la foto y cobrar mis bien ganados cincuenta euros, cuando veo que Bea Tutusaus viene a mi encuentro acompañada de Susana García, las dos muy sonrientes, las dos muy buenas amigas.

—Hola, Flanagan —se me adelantó—. Venía a decirte que no hace falta que me busques esa foto. Se la he pedido a Susana y no tiene ningún inconveniente en dármela.

Susana parpadeaba vertiginosamente y me dedicaba mohínes mal disimulados. Estaba convencida de que, si yo la rehuía, era debido a mi timidez, y no quería atosigarme pero (añadía) a veces, no se podía contener.

—Pues da la casualidad de que yo ya tengo la foto. —Y les mostré mi botín.

—¡Oh, Flanagan, cómo eres! —me riñó Susana, entre enfadada, seductora, admirada y coqueta a la vez (Susana era así)—. ¿Cómo has podido quitármela?

—Tu amiga me paga por ello —me expliqué secamente.

Bea Tutusaus me arrebató la foto.

—Yo no te pago nada —aseguró—. ¿Cómo te voy a pagar a cambio de algo que su legítima propietaria me da gratuitamente?

Me desafiaban con aquellas sonrisas insultantes que la mayoría de chicas ensayan constantemente ante el espejo. Me sentí como un imbécil, allí, rabiando ante ellas, sin poder hacerles nada.

Se fueron cacareando, braceando y contoneándose, muy felices. Desde aquel día, volvieron a ser amigas íntimas, y a cuchichear y a intercambiar secretitos por correspondencia, pasándose sobres por debajo del pupitre en plena clase de mates.

No tuve ninguna relación con Bea (ni ganas) hasta finales de noviembre, cuando Bea Tutusaus vino a mi encuentro, en el bar de mis padres, con una sonrisa muy simpática, como si fuéramos primos hermanos o algo así.

—Flanagan, te necesito —soltó, contundente. Y concretó —: Tenemos ladrones en casa. —Como podría haber dicho tenemos invitados, o tenemos vídeo.

—¿Que tenéis ladrones? —me sorprendí.

—Sí. Ven. Corre. Mi madre quiere contratarte.

—¿Que tu madre quiere contratarme? —Lo que no puedo negarle a Bea Tutusaus es su capacidad de asombrarme.

—Sí, mi madre. Tiene un problema. Alguien ha entrado un par de veces en nuestra casa cuando no estábamos. El intruso no se ha llevado nada, pero mamá está preocupada. Necesita un detective. Y yo le he hablado de ti.

Luego, lo comprendí. La mamá de Bea, doña Elvira, era una tacaña de mucho cuidado. Cualquier adulto que recurriera a mí cuando necesitaba un detective privado tenía que serlo por fuerza.

—¿Para qué entra, si nunca se lleva nada? —repetía continuamente doña Elvira, la mamá de Bea.

Miraba a su alrededor con ojos de urraca, como calculando lo que se habría llevado ella de estar en el lugar del misterioso intruso. Por su expresión, deduje que habría arramblado hasta con las paredes.

—Bueno —dije—, tal vez no encontrara nada interesante. Me ha dicho que no guarda ni dinero ni joyas en la casa, ¿verdad?

—¡Pero hay otras cosas! ¡El televisor, por ejemplo!

—Ya hace tiempo que sólo se los llevan si son de plasma —dije, mirando el antiguo aparato, de marca desconocida.

La señora Tutusaus se volvió de inmediato hacia su hija, que asistía en silencio a la conversación:

—¿Lo ves, Bea? —exclamó triunfalmente—. Para eso sirven los televisores de plasma. ¡Para que te los roben!

—Sí, mamá —contestó con sorna la chica—. Además, imagina que nos compramos una tele de plasma y nos quedamos ciegos al día siguiente...

Hay que reconocer que la hija tenía sentido del humor. La madre parecía carecer por completo de esta y otras gracias de la naturaleza. Era una señora de mirada desconfiada, gorda y cuadrada, como si su tacañería le hubiera impelido incluso a ahorrar grasas para un hipotético futuro de escasez. Su primer comentario al verme había sido, dirigiéndose a su hija: «¿Es este? ¡Creí que tu amigo era mayor! ¡Si es un niño!», lo que no había contribuido a despertar mis simpatías hacia ella.

Saqué un bloc de notas. Me pareció que eso me daría un aspecto profesional.

—Dice que el intruso ha entrado dos veces. ¿Podría explicármelo todo caso por caso?

—La primera vez fue el martes pasado. Yo estaba en casa de una amiga y Bea había ido al cine. Pues bien, a eso de las diez de la noche, la señora Creus, nuestra vecina, advirtió que alguien andaba por el interior de esta casa con una linterna.

—¿No llamó a la policía?

—No tiene teléfono —dijo la señora Tutusaus. Y, en seguida, con una sonrisa feroz, agregó—: Tampoco tiene inconveniente en usar el nuestro cuando imagina que lo necesita. Además, parece que se asustó. El caso es que no hizo nada, aparte de informarnos al día siguiente.

—¿Ustedes no habían notado nada?

—¡Es que todo estaba en su sitio! —exclamó la señora Tutusaus—. Hasta llegamos a pensar que se trataba de una alucinación de la vieja gorro..., quiero decir, de la señora Creus.

—¿Y la segunda vez?

—El viernes. Los viernes, Bea y yo vamos a cenar a casa de mi hermana. Cuando llegamos, la niña recordó que se había dejado unos libros en casa, y volvió a por ellos...

—... Y, cuando abrí la puerta... —tomó Bea el relevo—. Bueno, ese tío salió en tromba, me apartó de un empujón y se piró por piernas.

—¿Le viste la cara? —le pregunté.

—La llevaba tapada con un pañuelo. Supongo que me oyó llegar, y me estaría esperando para salir.

—¿Dijo algo?

—Sí. Gritó: «¡Get off!», o algo así. Eso, en inglés, significa ‘apártate’, por si no lo sabías.

—Ajá. Un inglés, o un americano...

—Eso ya lo habíamos pensado nosotras —se apresuró a aclarar la señora Tutusaus, temerosa, quizá, de que le cobrara por aquella deducción.

—... o un australiano, un sudafricano, un profesor de la Berlitz, o un alumno aventajado —agoté todas las posibilidades, tratando de demostrarles quién mandaba allí. Y proseguí, imperturbable, mi interrogatorio—: ¿Tiene idea de cómo se las arregla para entrar?

—Hace cosa de un mes —dijo la señora Tutusaus, mirando a su hija con reprobación—, la niña perdió un juego de llaves de la casa. Ese loco debe de ser el que las encontró.

—No esté tan segura —dije, muy profesional—. La cerradura que tiene en la puerta se puede forzar con una ganzúa. De todas formas, haría bien en cambiarla.

La señora Tutusaus suspiró profundamente, apabullada ante la perspectiva de un gasto semejante.

—Dime —preguntó—, ¿para qué entra, si no roba nada?

—Tal vez ande detrás de algo muy concreto —aventuré—. ¿Guarda usted papeles o documentos que puedan interesar a alguien?

—Supongamos que fuera así. En ese caso, lo que debería hacer sería revolverlo todo, abrir cajones y armarios, buscarlos, en suma. —Hizo una pausa. Parecía incluso escandalizada por la falta de ambición profesional del desconocido ladrón—. Pues bien, no ha hecho nada de eso. En ninguna de las dos ocasiones.

A continuación, pasó a explicarme lo que quería de mí. No estaba dispuesta a renunciar a sus cenas en casa de su hermana; por tanto, todos los viernes, entre ocho y once de la noche, la casa quedaría vacía. Yo debía vigilarla apostado en los alrededores y, en cuanto viera entrar al intruso, debía llamar de inmediato a la policía para que le detuvieran.

—Como ves —concluyó—, es un trabajo muy sencillo que puede hacer incluso un niño. Te pagaré por horas, a dos euros con treinta y tres céntimos la hora...

—¿Dos euros treinta y tres? —me indigné—. ¡Ni hablar! ¡Veinte euros la hora!

—¿Veinte euros? —se indignó—. ¡Pero si solo eres un niño! ¿Qué harías con tanto dinero? ¡Solo eres un niño!

Por eso había recurrido a mí. Porque creía que podría atornillarme. Me dispuse a demostrarle que estaba muy equivocada y me mantuve firme en mi actitud..., casi durante cinco minutos. Al fin, ganó quien tenía que ganar. Su caso había picado mi curiosidad, y ella lo notó en seguida y, en cuestiones de dinero, era una mujer invencible.

—Está bien. Dos euros con treinta y tres la hora.

—Y pierdo dinero —se atrevió a añadir la avara.

—Ji, ji —soltó Bea, como sin querer.

Quedamos para el día siguiente que, precisamente, era viernes. Me presenté allí a las ocho de la tarde.

Las Tutusaus vivían en la zona de los chalets, hace décadas, torres de veraneo de barceloneses acomodados; hoy, viviendas semirruinosas con vistas al instituto y a gigantescos bloques de pisos. Su casa era la última de todas; estaba oculta en una

pequeña hondonada y, por la noche, solo resultaba visible desde el instituto, deshabitado a aquellas horas, y la casa de la señora Creus, la vecina anciana y asustadiza que había dado la primera voz de alarma.

Vi salir a Bea y a su madre, las saludé, con la mano y, oculto tras una cabina telefónica, me dispuse a esperar la llegada del visitante.

Pero el visitante no se presentó. Yo pasé un frío polar, me aburrí como una ostra y, encima, cuando regresaron Bea y la señora Tutusaus, tuve que aguantar el recochineo de la primera y el mal humor de la segunda, quien no dejó de protestar al tener que pagarme la desmesurada cantidad de siete euros «a cambio de nada», según ella. Quedó tan traumatizada que, ya antes de pagar, me comunicó que quedaba despedido de la investigación.

Y, a regañadientes, sacó un billete de su bolso:

—¿Tú lees novelas policíacas, Anguera? —me espetó.

Dije que sí.

—Pues yo hace poco leí una en la que el detective, Philip Marlowe, recibe diez mil dólares de un cliente...

—¿Y? —la animé, a sabiendas de que se estaba refiriendo a *El largo adiós*. La verdad es que no sabía dónde quería ir a parar. Existe una cierta diferencia entre siete euros y diez mil dólares.

—Pues que, como no cree merecerlos, su dignidad le obliga a devolvérselos al cliente. —Y se quedó mirándome fijamente, esperando mi reacción.

Debiera haberle contestado con alguna grosería, pero, después de las tres horas de vigilancia, me sentía débil y un poco resfriado, y me limité a dar un portazo al salir.

Cuando llegué a casa, a las once y media, papá me estaba esperando en pie de guerra. No me había presentado a cenar, había sobrepasado en hora y media mi horario de vuelta a casa, y, por todo ello, me castigó retirándome los seis euros que me daba cada sábado a cambio de ayudar en el bar.

Se comprende que me pusiera de malhumor y que el sábado, sin querer, rompiera seis platos de golpe. Papá me los hizo pagar: seis euros más.

No podía quitarme de la cabeza el extraño caso del intruso. ¿Para qué demonios había entrado en casa de las Tutusaus si no robaba nada? Pensé en ello todo el sábado, y el domingo.

El martes a mediodía, seguía dándole vueltas al asunto mientras estudiaba para un inminente examen de Inglés, cuando llegó mi padre dando la bronca, como cada

mes, con las manos cargadas de recibos. La misma canción de siempre: que si «¿sabes cuánto hemos pagado este mes de luz?», «¿sabes cuánto hemos pagado de gas?», y «¿sabes cuánto hemos pagado de teléfono?».

Ploiiiiing, yo me incorporé de golpe, como uno de esos muñecos que saltan del interior de cajas-sorpresa. La palabra clave era «teléfono». Me precipité a nuestro teléfono de pared al mismo tiempo que mi padre decía:

—¡A partir de ahora, en esta casa, el que quiera llamar por teléfono...!

—¡Espera, espera, espera...! —le interrumpí, le sonreí como hijo modelo, mientras buscaba un número de teléfono y mientras lo marcaba. Gané tiempo—: ¡Espera, papá! ¡No digas nada... de lo que puedas arrepentirte!

—Sí, sí, espera, papá —me apoyó mi hermana Pili, como si supiera de qué iba la cosa.

Papá abría y cerraba la boca, atónito, la abría y la cerraba, y me miraba a mí y miraba a Pili, y no sabía qué hacer. Nadie en casa había osado pegarle un corte como aquel en día de recibos. Mamá y Pili me contemplaban, seriamente preocupadas por mi salud mental. Y, al fin, respondieron al otro lado de la línea.

—¿Señora Tutusaus? ¿Doña Elvira? —dije, todo amabilidad empalagosa—. Soy Juan Anguera, el Flanagan...

—Ah —dijo la señora Tutusaus, intrigada.

—¿Cómo se encuentra usted? ¿Bien?

—Sí. Bien... —dudó ella, a la defensiva.

—¿No le ha dado ningún mareo, ningún vahído, una lipotimia, ni siquiera un dolor de cabeza?

—No, no. Estoy bien. ¿Por qué me lo preguntas?

Solté la campanada con orgullo y pasión:

—Porque supongo que le habrán enviado el recibo del teléfono, y habrá visto la enorme cantidad que tiene que pagar. —Le dediqué una mueca de complicidad a mi padre, tan sensibilizado por el tema, y vi que de pronto se interesaba por mi llamada, solidarizándose con la señora Tutusaus.

—¿Cómo lo sabes? —chilló la señora, suspicaz.

Explicación triunfal, rutilantes sonrisas dedicadas a mi familia impávida:

—Lo he deducido. Un extranjero se cuelga en su casa y no le roba nada. ¿Qué podía hacer? ¿Qué robaba, sin dejar huellas? Se me ha ocurrido: ¡le robaba pasos de teléfono! El hombre que encontró las llaves que Bea perdió usaba su teléfono para



llamar al extranjero, a su casa, a sus amigos. Espero que no fuera un neozelandés, o australiano...

—No... Solo es irlandés. Llamaba a Belfast.

—Bueno, pues ya ve que el caso está resuelto...

—¡Pero no me sacarás ni un céntimo más! —aulló la señora. (En el estado en que se encontraba, no le hubiera sacado un céntimo ni a mano armada).

—Claro que no, señora —repuse, muy amable—. Atribuya esta llamada simplemente a mi amor propio profesional. Flanagan nunca deja un caso a medias.

Y colgué. Y papá, afectado aún por el drama de la señora Tutusaus (consolado porque había usuarios de la Telefónica más desgraciados que él), trató de reemprender la bronca:

—¡Bueno, a partir de ahora sí que...!

—¡Lo siento, papá —le interrumpí de nuevo—, pero ahora tengo que irme! Luego, hablamos más despacio, ¿vale?

Salí corriendo sin ponerme siquiera la cazadora. Aquello me iba a costar un nuevo disgusto familiar, ya lo sabía, pero quedaría de sobras compensado por el éxito de mi gestión. Uno no puede encontrarse con un póquer de ases en la mano y pasar solo porque es la hora de cenar (dijo Flanagan, que nunca había jugado al póquer).

Llegué a casa de Susana García en menos de diez minutos. Jadeando, sudoroso y despeinado, llamé a la puerta del piso de Susana, componiendo mi mejor sonrisa.

—¡Flanagan! ¿Qué se te ha perdido por aquí? —se sorprendió la chica, con voz de pito. Y emprendió un discurso que se anunciaba arrollador—: Mi..., Flanagan, creo que lo nuestro debe terminar...

—Me parece espléndido —le corté—. Y ahora hablemos de cosas serias. ¿Has recibido ya la carta de Bea?

Este sí que era un palo de ciego, una suposición basada en el recuerdo de Bea y Susana pasándose correspondencia por debajo de los pupitres. Siempre era Susana la que entregaba los sobres a Bea Tutusaus.

—S... sí —dudó ella—. ¿Có... cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Bea, claro. Ya sabes que, de vez en cuando, me contrata para que le haga unas chapucillas. Dice que me lo des a mí, que yo se lo lleve, que ella no puede venir, que su madre la ha castigado sin salir de casa.

Así que me dio el sobre y yo pude confirmar todas mis sospechas. Lo oculté en mi bolsillo, bajé en el ascensor y corrí en dirección a la casa de Bea, en los chalets. Me

imaginé que Susana estaría llamando a Bea, que Bea estaría diciendo que a ella no la había castigado nadie, que Susana le confesaría que, imprudentemente, ¡me había dado el sobre...!

Pero nada de todo eso había sucedido porque la Bea que me abrió parecía muy feliz e ignorante de lo que se le venía encima.

—Hombre, mira quién hay aquí —me saludó con retintín—. Sherlock Flanagan, el Infalible.

—He hablado con tu madre, ¿te lo ha dicho?

Bea se encogió de hombros:

—Está hecha polvo. No le va a quedar más remedio que pagar esa factura. Y también está furiosa, porque dice que tiró seis euros al pagarte. Que cualquier detective de tres años habría supuesto que el intruso venía a llamar por teléfono en un abrir y cerrar de ojos. Y, la verdad, yo estoy de acuerdo con ella.

—Claro —dije—. Además, a un detective de tres años le habría podido pagar con un caramelo de palo. En fin, serán cincuenta que me debías, más cincuenta por haber resuelto el caso. Total, cien.

—¡Pero qué dices! ¡Si no has resuelto nada!

Sonreí. Podía permitirme el lujo de hacerlo.

Bea me miraba con más curiosidad que aprensión.

—El chico aquel, pelirrojo y pecoso, que conociste este verano, en la playa, tenía pinta de extranjero, ¿verdad?

—¿Qué chico? —preguntó Bea con más aprensión que curiosidad.

—El de la foto que tenía Susana. Esa foto que no querías que nadie viera. Es tu novio secreto, ¿verdad? Nadie te ha visto con él. ¿Por qué? Imaginemos que es extranjero. Que estaba de vacaciones y volvió a su país. Imaginemos —ya se sabe lo que son estas cosas— que a menudo necesitas hablar con él. Tu madre, con lo tacaña que es, se pondría furiosa si te pillara llamando por teléfono a Belfast, Irlanda, ¿verdad?

—Sí —admitió, disimulando un principio de asma.

—... Aunque lo hicieras a escondidas, te descubriría al recibir la factura..., a menos que llegara espontáneamente a la conclusión de que había sido otro quien había hecho las llamadas. Muy ingenioso, Bea. Empezaste diciendo que habías perdido las llaves. Luego, la primera vez, te bastó con apagar las luces y encender una linterna hasta asustar a la vecina. La segunda, se basaba en tu testimonio, y lo adornaste todo muy

bien al inventar el dato del grito en inglés («Fuck off», o no sé qué dijiste), para preparar el terreno...

Puso cara de farol. Ya podías recitarle la Biblia en verso, que el morro no se le achataba.

—¿Y qué? —me retó—. A ver cómo se lo demuestras a mamá.

—Así —dije. Y saqué la carta que me había dado su amiga—. Patrick O'Brian, de Belfast, Irlanda. Tuviste que hacerte enviar la correspondencia a casa de una amiga, para que tu madre no pudiera atar cabos. ¿Quieres que le dé la carta? No le costará mucho llegar a las mismas conclusiones que yo...

Nos quedamos mirando como dos jugadores de póquer. Pero yo tenía cuatro ases y ella una miserable pareja de ochos. Se le habían acabado los faroles.

—Cien euros —dije yo—. Los tienes, tu padre te da dinero y nunca gastas un duro.

—Estaba ahorrando para ir a esquiar —se resistió, con una sonrisa de niña abandonada destinada a desarmarme.

—Hace mucho frío en las montañas, Bea. Y podrías romperte una pierna.

Terminó pagándome. Y le di la carta. A su favor, he de decir que era una buena jugadora y sabía perder. Otra me hubiera amenazado o insultado; ella se limitó a hacer un comentario:

—Apúntate un tanto, Flanagan. Eres más listo de lo que creía.

—Tú también —contesté sin mentir. Y (seamos sinceros) en aquel momento odié un poco al tal Patrick O'Brian que la tenía encandilada.

Más tarde, mientras le contaba mi éxito a mi hermana, sentí un ramalazo de culpa al pensar en mi cliente, la señora Tutusaus. La pobre Elvira Tutusaus, noqueada por un directo que nunca sabría de dónde le había venido.

Pensé que, después de todo, tal vez hiciera como Philip Marlowe y le devolviera los seis euros.